



LAS «LLUMINARIES» DE LA PURÍSIMA

Por M.^a ASUNCIÓN SOLER

Todos los pueblos cristianos poseen alguna tradición de carácter religioso. Nuestra región es rica y varía en ellas, y, si bien dentro de la tradición navideña se hace difícil hallar aquella que es patrimonio de alguna ciudad o comarca, existen otras que sí son propias de un determinado lugar. Pero si no es extraño que una tradición se repita en los diversos lugares de un país, resulta más raro encontrar la misma, con pocas variantes, en otro extranjero. La de San Nicolás en Holanda, por ejemplo, es una de ellas. San Nicolás es el Patrón de los niños y, en aquellas lejanas tierras, les colma de regalos. En Gerona, la tradición de San Nicolás se mantuvo hasta el último cuarto del siglo pasado. En todas las escuelas de la ciudad se celebraba la «Fiesta de los muchachos» en honor del Santo, uno de cuyos milagros había sido, precisamente, resucitar a tres chiquillos que un carnicero sin escrúpulos había descuartizado y metido en sal. Ahora bien, mientras en Holanda se conserva celosamente, en Gerona se ha perdido por completo esta tradición. Como recuerdo de la devoción que en otro tiempo la ciudad tuvo por San Nicolás, nos queda su capilla, restaurada, pero ni los mayores ni los niños recuerdan nada de lo que en épocas pretéritas ocurría el día de San Nicolás. Es algo que murió como va muriendo la costumbre del «Dineret de la Santa Creu» y se sabe de ellas por lo que hay escrito en los libros dedicados a la tradición gerundense. Los tiempos cambian. La ciudad es distinta; tiene otro aspecto, otras formas de vida. La antigua poesía va desapareciendo de la vida cotidiana porque hay que seguir la marcha del progreso que tiene una poesía completamente nueva y de formas libres.

A pesar de todo no podemos decir que nuestra ciudad haya progresado a grandes marchas pero, sí, lo suficiente para seguir el ritmo del tiempo actual y para que se vayan perdiendo añejas costumbres. Hasta hace relativamente poco era, la nuestra, una ciudad oscura y lúgubre, quizá de las más oscuras y lúgubres de la región. Hoy, todavía, a pesar de la iluminación que reina en algunos lugares, hay grandes zonas de oscuridad. Ahora bien, todo esto no lo anotamos en plan de crítica. Creemos que la oscuridad ha de ser sustituida por la luz en breve plazo y que la política municipal va encaminada hacia ello. Nuestra intención no es, pues, poner de relieve ni desmerecer esta política, sino referirnos al hecho de que, el proceso de modernización de la ciudad exige una iluminación que, si bien da a las calles y plazas un aspecto magnífico, ha de perjudicar, necesariamente, la belleza de la tradición de las «lluminaries» de la Purísima. Aquí se oponen progreso y tradición porque, en este caso, el exceso de luz disminuye, considerablemente, el tono festivo y alegre de aquellas «lluminaries» que recordamos y que constituían, en los dorados días de nuestra infancia, un acontecimiento capital en la vida monótona de la ciudad, quieta y algo tristona, cuyas calles, en las horas de la noche, presentaban como un bordado de luces y sombras sobre sus pare-

des vetustas, que le daban un aspecto fantástico, pero poco grato y que obligaba a forzar la vista para evitar tropezones o, lo que es peor, encuentros desagradables.

Pero, las luces mortecinas de las cuales disfrutábamos durante el año, quedaban completamente relegadas al olvido cuando llegaba la Purísima. Otras luces más vistosas colocadas en los balcones y ventanas de las casas, se encendían para dar a la ciudad un aspecto deslumbrante y único. Recordamos las «lluminàries» cuando la luz eléctrica empezaba a utilizarse en sustitución de las velas de sebo que el viento fácilmente apagaba. Sin embargo, las velas perduraron todavía puesto que la instalación eléctrica, para el caso, era patrimonio sólo de economías muy saneadas. Las velas, con su humildad, como los «gresolets» eran, a nuestro modesto entender, una «encesa» perfectamente buena y de mucho mayor aliciente poético a pesar de que, como las bombillas, se encerraban en blancos globos de cristal. Tenían un sabor más popular, eran, en una palabra, más «lluminàries» que las modernas bombillas, que también se apagaban, algunas veces, por constituir un consumo exorbitante de electricidad. Cuando no se concebía en ninguna casa que pudiera llegarse a consumir más allá de cuatro o cinco kilowatios y el sistema de iluminación era tenido por algo carísimo, era natural que ocurriera así. En cambio, las velas se renovaban y en los «gresolets» se añadía aceite cuando éste faltaba permitiendo, así, una iluminación al alcance de todas las fortunas sin producir preocupación de ninguna clase.

Si la tramontana no soplabá, las leves llamitas se mantenían de la mejor forma para constituir una buena «lluminària». Y en los barrios antiguos, los más oscuros, cobraban una singular belleza. Como eran abundantes, daban luz, alegraban el espíritu y los ojos no acababan de acostumbrarse a «ver» lo que ordinariamente, por la noche, quedaba invisible. «Ver» durante la noche era una cosa insólita e inaudita. Por esta causa, las «lluminàries», eran esperadas con ilusión y con gozo, sobre todo por los niños, que veían en ellas una maravilla digna del mejor cuento.

En el campanario de la Catedral se colocaban «gresols» (grandes cazuelas de barro) que iluminaban las piedras con sus lenguas que el aire, en aquellas alturas, movía constantemente. Era una luz roja de efecto dantesco. La habíamos visto de cerca porque, en aquella época, subir al campanario en los días de repique de campana era, para nosotros, algo habitual y corriente; y lo hacíamos porque los campaneros nos invitaban a ello, felices, al ver el regocijo y la diversión que nos procuraban. Los «gresols» del campanario eran, como hemos dicho, enormes. Los campaneros los preparaban y los encendían después del repique de las campanas, al toque del Angelus.

Casi siempre, la noche de la Purísima era tan clara y transparente como había cantado el poeta y, en su oscura azulosidad, las estrellas parecían el reflejo de las «lluminàries» sobre un espejo terso y bruñido. O, por lo menos, así se nos antojaba ya que, para nosotros, la luz de las «lluminàries» era la más intensa, la más brillante que imaginarse pudiera. Muy digna, en fin, de ser copiada en la transparencia del firmamento.

Sin embargo, también las habíamos visto en ocasiones en las que el tiempo no se mostraba propicio, cuando la noche, en lugar de hacerse fría y de aire puro se templaba y la suave humedad atmosférica se resolvía en un manto de niebla envolvente. Entonces las «lluminàries» tomaban el aspecto de luces flotantes, diluidas en el vapor o como recortadas, con los círculos luminosos agrandados como aureolas de santo. Gerona y sus mil lámparas maravillosas constituía una visión irreal, inolvidable para el que sabía captar su hechizo, su profunda belleza.

No hay duda de que, de todas las tradiciones religiosas gerundenses decembrinas, ésta de las «lluminàries» es la que ha tenido más arraigo entre nosotros, ya que, como hemos visto, otras han ido perdiéndose y algunas de ellas dejaron de practicarse ya en la segunda mitad del siglo pasado. Por el contrario, ésta, después de la promulgación del Dogma de la Inmaculada, tomó un mayor auge, y cada año era mayor el número de casas que ofrecían su luz a la Virgen en forma de velas, «gresols» o llamitas de gas en ventanas y balcones, cada cual según sus posibilidades. Pero esta bella costumbre está destinada, sino a morir del todo, por lo menos a perder interés, belleza y poesía. Es muy posible que las «lluminàries» no dejen de encenderse nunca. Su desaparición significaría que la ciudad ha dejado de honrar a la Virgen, pero sí que cada vez hay menos a pesar de que, ahora, son enormes las facilidades que hay para instalarlas. Creemos que no es por desapego ni por indiferencia, sino porque ya no producen aquella sensación de antaño. Estamos en la época de la luz, de la luz de mercurio; de los anuncios luminosos; de las tiendas iluminadas sin avaricia. Después de andar, noche tras noche, entre focos potentes; después de haber visto iluminados los campanarios, la escalinata de la Catedral y las calles más típicas, las más oscuras en otros tiempos, las «lluminàries» ya no nos conmueven. Si volviéramos a los «gresolets», a las velas o a las llamitas de gas, o sea a las luces tímidas y sencillas, tal vez por el contraste comprenderíamos el sentido de la noche iluminada y nos devolvería aquella ilusión perdida que parece haberse disipado entre los haces de luz poderosa que jalonan las calles de nuestra ciudad.